



Diversidad sexual y novela juvenil: alusiones, explicitaciones y pedagogía [1]

Facundo Nieto*

En el apartado “Homosexualidad y literatura infantil” correspondiente a la entrada “Sexualidad” de *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*, Marc Soriano advertía que la homosexualidad es “un tema tabú, rara vez abordado, que, sin embargo, no habría que excluir” (2010, p. 662). Posiblemente, esa condición de tabú que Soriano denunciaba se debía a representaciones sobre la homosexualidad que el propio autor parecía compartir

En el estado actual de las investigaciones, no se conoce el origen de la homosexualidad. Algunos aseguran que está inscrita en el patrimonio genético de algunos, aunque es frecuente que, en la infancia de la mayor parte de los homosexuales masculinos, aparezcan factores comunes: madre posesiva y castradora, padre ausente, ausencia de identificación positiva con el hombre. [...] Los padres que descubran la homosexualidad de su hijo o de su hija tendrían razón de alertarlo acerca de los inconvenientes que puede acarrearle ese estado en la relación con el resto de la sociedad: la homofobia ambiente es tanto más violenta cuanto oculta una homosexualidad reprimida. A veces será útil recurrir a un psicoterapeuta o a un psicoanalista; su rol no consistirá necesariamente en “curar” lo que no es una enfermedad, sino en hacer que el adolescente acepte una tendencia que rechaza violentamente, en un conflicto que podría impulsarlo al suicidio (2010, p. 663).

Publicada originalmente en 1975 (aunque actualizada por Soriano hasta su muerte en 1994), resulta evidente que la *Guía* ha quedado rezagada en varios aspectos; sin ir más lejos, como lo ha demostrado recientemente Gabriela Larralde (2014), ya no resulta sencillo sostener que en el campo de la literatura infantil el tema de la homosexualidad siga siendo un tabú. Sin embargo, en lo que respecta a la literatura juvenil, particularmente en el ámbito latinoamericano, la caracterización de Soriano conserva cierta vigencia.

* Facundo Nieto es Profesor en Letras (Universidad de Buenos Aires), Magíster en Enseñanza de la Lengua y la Literatura (Universidad Nacional de Rosario) y Doctor en Educación (Universidad de Valencia). Se desempeña en la Universidad Nacional de Hurlingham como docente del Laboratorio de Escrituras y en la Universidad Nacional de General Sarmiento como investigador en la línea de Enseñanza de la Literatura y como docente a cargo de las asignaturas Enseñanza de la Lengua y la Literatura y Residencia II en Lengua y Literatura.

fnieto@ungs.edu.ar

En efecto, a diferencia de la significativa producción que desde fines del siglo pasado acumula la literatura infantil de temática LGBTI, las obras de autores latinoamericanos que abordan explícitamente esa misma temática, publicadas en nuestro país en colecciones destinadas a lectores adolescentes, pueden reducirse al breve corpus conformado por *En el sur*, de Alma Maritano (1988) y *El orden de las cosas*, de Iván Thays (2011), dos de las novelas que aquí examinamos. No obstante, nos interesa reparar antes en textos que, aun cuando no traten centralmente el tema, optan por referirlo más o menos sutilmente; al respecto, seleccionamos dos novelas que eligen utilizar diferentes formas de la alusión, en un caso de manera cómica, en el otro con tono serio: *Si tu signo no es cáncer*, de Graciela Bialet (2004), y *Hojas de la noche*, de Eduardo Muslip (1997) [2]. Pese a sus diferencias, se trata de cuatro excepciones en el marco de un género que, parafraseando a Soriano, manifiesta su “homofobia ambiente”, tanto más violentamente cuanto encierra una temática reprimida.

1. Alusiones: bromas y elipsis

En 2004, Editorial Norma publica *Si tu signo no es cáncer*, de la narradora cordobesa Graciela Bialet, en la colección de literatura juvenil “Zona Libre”. La novela cuenta la historia de Gaby, una joven de dieciséis años que padece cáncer. Pero aquí interesa más una historia secundaria, que se desarrolla al comienzo de la novela, mucho antes incluso de que la protagonista se entere de su enfermedad que, hacia el final, logra superar exitosamente. Gaby guarda un secreto: desde su infancia ha estado enamorada de Felipe, el hermano mayor de su amiga Anahí (Felipe, finalmente, se convertirá en su novio). Gaby nunca antes se había atrevido a confiarle el secreto a Anahí por temor a que esta creyera que la amistad no era sincera, sino que tenía como objetivo acercarse a Felipe. Sin embargo, una tarde, Gaby decide sincerarse con su amiga

Apenas entró a mi cuarto me dijo “¿Qué pasa? ¿Qué es eso tan importante que vas a contarme?”

[...] Yo respiré profundo, junté coraje y largué mi rollo:

–Es una historia de hace tiempo, no te lo dije antes porque fui una estúpida y tenía miedo de que te enojaras conmigo... –la miré fijo para que no abriera la boca.

“En realidad, sí, estoy enamorada. Es un amor que me fue creciendo desde chica... –en ese instante ella saltó de la cama, se incorporó y me preguntó si no sería lesbiana yo y finalmente estaba declarándole mi amor.

Le tiré un almohadonazo. Y otro. Y una zapatilla. Anahí correteaba por el dormitorio esquivando mis proyectiles. Estuve a punto de sufrir un ataque de locura, pero inspiré profundo buscando serenarme y grité:

–¡De Felipe!... –Entonces Anahí me sorprendió abrazándome por la espalda, me sujetó por los brazos y me dijo que no podía entender cómo hacía yo para sentir amor por el tarado de su hermano Felipe, que ella lo sospechaba, presentía desde hacía un tiempo que algo había entre nosotros [...].

–Está todo bien, Gaby –sonrió– hasta el fin de los días –y nos dimos la mano trenzando los dedos (2004, pp. 38-41, cursivas nuestras).

La pregunta de Anahí por el lesbianismo de Gaby no es más que una broma destinada a aliviar la tensión generada por la inminente revelación de un secreto. Si Gaby siente temor de que Anahí crea que el vínculo entre ellas responde al mero interés de la protagonista por Felipe, la burla de Anahí sugiere que no habrá enojo alguno y allana el terreno de la confesión. No obstante, más allá de la historia narrada, la broma adquiere otros sentidos si se atiende a las reglas de representación de la sexualidad adolescente en las novelas juveniles.

El chiste de Anahí (si su amiga “no sería lesbiana”) se asienta sobre el implícito de aquello que Adrienne Rich ha denominado *heterosexualidad obligatoria* (1996). El diálogo entre las amigas se despliega en torno al supuesto heterocéntrico según el cual “la heterosexualidad es la preferencia sexual de la mayoría de las mujeres” (1996, p. 19). Es cierto que la heterosexualidad obligatoria de los personajes es un rasgo de (casi) la totalidad de la literatura juvenil, pero Bialek introduce un hallazgo novedoso: visibiliza para invisibilizar. Si la literatura juvenil tiende a ocultar por completo el tema de la diversidad sexual, aquí la autora lleva a cabo la operación contraria: incluye una alusión cómica al lesbianismo para negarlo como posibilidad. La broma es tal precisamente porque el lector está al tanto de que una respuesta afirmativa (“sí, soy lesbiana, y estoy enamorada de vos”) sería imposible de acuerdo con las reglas genéricas del género. Rich advierte que uno de los mecanismos de imposición de la heterosexualidad obligatoria consiste en “hacer invisible la posibilidad lesbiana” (1996, p. 38). Podría decirse que, en esta escena de *tu signo no es cáncer*, Bialek hace visible la imposibilidad lesbiana.

Hojas de la noche, de Eduardo Muslip, obra ganadora del Concurso Anual Colihue de Novela Juvenil en 1995, publicada en 1997 en la colección “Leer y Crear” destinada a alumnos de escuela secundaria, realiza la operación contraria a la de Bialek: elide para visibilizar la posibilidad homosexual. La estructura de la novela responde a la del diario íntimo de un joven porteño heterosexual de clase media, cuyo nombre desconocemos, de diecisiete años de edad, que cursa los últimos meses de secundaria en la Escuela de Comercio “Carlos Pellegrini” de la ciudad de Buenos Aires y que comienza a transitar la decisión de estudiar la carrera de Letras. El personaje, algo misántropo y aficionado al cine, al rock nacional y gran lector, registra en su diario episodios cotidianos y se detiene, especialmente, en la descripción de los vínculos que entabla con diferentes personajes de su entorno: compañeros de escuela, familiares y vecinos. El protagonista es, por momentos, misógino (“...no estaba tan fea, por lo menos no tanto como

su amiga. Qué horror esa chica. Tiene un cierto aire a mosca”, 1997, p. 55), gerontofóbico (“Qué horror el lugar donde vivo. [...] Este lugar parece un geriátrico: son todos viejos, viejísimos [...]. La mayoría son mujeres, y viudas, o solteras. Hay por lo menos dos que, según escuché, tienen el marido postrado, por lo que sólo las mujeres son visibles”, 1997, p. 17), proclive a utilizar insultos que apelan a la discapacidad (“la paralítica”, 1997, p. 17; “el deficiente de Física”, 1997, p. 31; “el retardado de Gregorio”, 1997, p. 32), obesofóbico (“Lleno de viejos gordos de cuarenta a sesenta años o más, todos gordos, gordos, grasosos. Mis tíos tienen la piel como muzzarella: blanca, fofa, grasosa”, 1997, p. 35), racista (“Una mujer de unos cincuenta años me abrió la puerta; por un momento pensé que sería la madre de Federico, pero enseguida me di cuenta de que no, si ella hubiera sido la madre habría habido un disturbio genético; Federico es todo alto y rubio y de ojos claros y piel blanco-rosácea, y ella no”, 1997, p. 67), proclive a sostener prejuicios educativos normalistas (“Debe ser analfabeto. [...] Tiene veinte años y está terminando el secundario, o haciendo como que lo termina, en un nocturno a dos cuadras de mi casa”, 1997, p. 47) y a quien simplemente le genera antipatía –de ningún modo escándalo– un profesor “que manosea a cuanta chica se le aparece delante” (1997, p. 49) y a quien le resulta un mero chisme el que una alumna haya tenido “historias con dos preceptores y el del laboratorio” (1997, p. 55). Semejante despliegue de incorrecciones habla, por una parte, de ciertas disposiciones ideológicas que todavía no habían cristalizado en sentido común y mucho menos en legislación (sobre personas con discapacidad, sobre trastornos alimentarios, sobre inclusión educativa, sobre abuso sexual...) y, por otra parte, de un momento en el que, procurando construirse como género moderno y autónomo, la literatura juvenil buscaba desprenderse de aquello que Ruiz Huici (1999) denomina “exceso pedagógico” o de aquella “abuenización” que Díaz Röner (2000) cuestionaba en los “personajes arquetípicos” de la literatura infantil y juvenil argentina en sus momentos iniciales.

Sin embargo, lo que resulta llamativo en la novela de Muslip es una omisión: del exceso de incorrecciones políticas no escapa prácticamente ningún sector estigmatizable (Goffman, 2006), salvo las personas homosexuales. Si el narrador no teme abundar en “feas”, “viejas”, “deficientes” y “gordos grasosos”, en ninguno de los tantos momentos en que se refiere despectivamente a sus compañeros insinúa descalificaciones vinculadas con la diversidad sexual. Esta situación resulta particularmente llamativa dado que –como se advierte a simple vista– el narrador, personaje heterosexual, no escatima en injurias, cuando la injuria suele tener al homosexual como uno de sus blancos más comunes (“En el principio hay la injuria”, dice Eribon. “La que cualquier gay puede oír en un momento u otro de su vida”; 2001, p. 29).

La sobreabundancia de desacreditaciones de todo tipo y la ausencia absoluta de injurias contra la homosexualidad contribuyen a colocar en primer plano una escena “suelta”, un episodio que no tiene anticipación ni continuidad. Se trata del registro correspondiente a la tarde del 24 de octubre, cuando el narrador visita a Federico, su compañero adinerado, “aparato de gimnasio, alto, engreído y tonto” (1997, p. 20). En la escena en cuestión, Federico y el narrador deben resolver ejercicios de Física y un trabajo práctico sobre *El guardián en el centeno*. Luego de la merienda, con la tarea sin resolver y habiendo bebido más de media botella de licor, los personajes se olvidan de sus tareas escolares e inician un juego de actuación en el que, en parte, asumen los roles de Holden y Stradlater de la novela de Salinger, entablan diálogos en castellano peninsular (la traducción era “españolísima”) y se arrojan al suelo entre risas

De repente Federico estaba encima de mí, me había hecho una especie de toma, yo intentaba zafar. Cuando estábamos luchando en la postura más ridícula, Federico se quedó inmóvil. Levanté la cabeza y vi, en el marco de la puerta, a una mujer de unos cuarenta o cincuenta años.

—Hola, mamá.

La mujer no dijo una palabra, y se retiró. Cerró la puerta con alguna violencia.

Federico se puso totalmente serio.

—Bueno, empecemos con Física.

La carpeta de él se había caído, y las hojas estaban medio desparramadas. Acomodamos un poco todo y nos quedamos mirando los papeles como dos estúpidos. Mi cabeza no daba para empezar, bueno, lo de siempre, y la de él, obviamente, tampoco. Pero había que hacer algo. Federico estaba totalmente deprimido. Nunca lo había visto así. Fue evidente que lo afecta más que a mí la presión de sus viejos.

[...]

A la media hora, el trabajo estaba listo. Él durante ese lapso, se quedó dando vueltas, yendo y viniendo (1997, p. 70).

El narrador no va más allá de esto: dos adolescentes heterosexuales un poco alcoholizados luchan en medio de un juego; la lucha se detiene ante una mirada censora, la de la madre de uno de ellos, que pone fin al juego, y uno de jóvenes no logra concentrarse y da vueltas, “yendo y viniendo”. La narración deja flotando, por lo menos, dos preguntas: por qué la mujer no dice una palabra y cierra la puerta “con alguna violencia” y por qué Federico se pone “totalmente serio” luego de la extraña reacción de su madre. El narrador no cuenta con saberes que puedan responder estas preguntas que, sin embargo, su propio relato arroja sobre el lector. ¿Federico es homosexual? ¿La madre de Federico sabe o cree que su hijo es homosexual? ¿Tiene razón el narrador al suponer que se trató de una escena que simplemente demuestra la presión que la madre ejerce sobre Federico en lo relativo al estudio? ¿Hay algo que el narrador omite cuando se limita a describir con desprecio a Federico como un “aparato de gimnasio” (1997, p. 20), “grande como un ropero” (1997, p. 48), que viste ropa que lo hace “todavía más voluminoso” (1997, p. 48), a quien lo único que le interesa es “ver cómo crecen sus músculos”, “cuidarse el pelo [...] largo e

impecable y hacerse el lindo cuando va a bailar” (1997, p. 49)? ¿Hay algo que el narrador calla cuando describe ese cuerpo que contrasta notablemente con los “desmesurados estómagos de mis parientes”, “todos, gordos, gordos, grasosos” (1997, p. 35)? Si Graciela Bialet elige decir cómicamente “lesbiana” para evidenciar un imposible, *Hojas de la noche* elide para sugerir posibilidad. Opta por aludir seriamente, sin decir “homosexual” [3].

2. Explicitaciones I: la homosexualidad del adulto

Entre 1978 y 1997, Alma Maritano publica una saga compuesta por seis libros [4]. Salvo la primera novela [5], las otras cinco fueron publicadas en la colección “Leer y Crear” de Colihue. De todas las que componen la saga, *En el sur* es, como ha observado el narrador cubano Antonio Orlando Rodríguez (2006), la primera novela juvenil latinoamericana que trata abiertamente la temática homosexual, tratamiento que la propia Maritano ha señalado como una transgresión, tanto por el momento en que fue publicada como por estar destinada a alumnos secundarios

Ahí [en *En el sur*] las críticas fueron más tremendas, por la homosexualidad del doctor Ricciardo, tema que introduje porque me pareció bueno que se discutiera sobre eso en las escuelas; en ese momento (¡1988!) era muy tabú el tema todavía, y estuvo prohibida en varias escuelas, sobre todo religiosas (Vignoli, 2012) [6].

En el sur es la continuación de *El visitante*, novela en la que aparecen por primera vez los personajes que, en *En el sur*, estarán involucrados en las escenas vinculadas con el tema de la homosexualidad: Robbie y el doctor Ricciardo. En *El visitante* no se hace ningún tipo de referencia a la homosexualidad de Ricciardo; personaje secundario, el amable pediatra es simplemente “un tipo macanudo, un prestigioso médico rosarino” (Maritano, 1984, p. 33). A Robbie, el joven protagonista heterosexual de dieciséis años que por razones familiares se ve obligado a vivir en casa del médico, el plan de permanecer por un año bajo la tutela de Ricciardo, amigo del padre de Robbie, le resulta interesante aun antes de conocerlo personalmente. Una vez conocido, Raúl reúne los requisitos que, para Robbie, debe tener un adulto con quien poder entablar una amistad: “Le ha gustado el Dr. Ricciardo. Sobre todo, porque no habla más que lo necesario y uno está cómodo” (1984, p. 49). Por su parte, el Dr. Ricciardo se ve feliz con la convivencia, dado que ha encontrado en Robbie el hijo (“hijo” es el vocativo que usa para dirigirse a Robbie) que no tiene: “El Dr. Ricciardo siente como si la vida acabara de hacerle un invalorable regalo. Un hijo, a esta altura de sus estériles hábitos de solterón” (1984, p. 52).

De modo que, al menos en *El visitante*, las alusiones a la homosexualidad se reducen a representaciones más o menos tradicionales producidas por una configuración cultural heteronormativa, constituida por “palabras, gestos, tonos de voz, imágenes” que configuran el “imperativo de virilidad” característico de la cultura argentina (Maristany, 2010) [7]. Por el contrario, en *En el sur*, la temática de la diversidad sexual no se presenta simplemente bajo la forma de alusiones descalificadoras. Están esas alusiones [8], pero lo que verdaderamente parece haber generado polémica en las escuelas es la explicitación de la homosexualidad de Ricciardo, situación inesperada en la novela anterior.

La escena clave se inicia cuando Robbie, que había anticipado que saldría al anochecer y volvería a la madrugada, decide imprevistamente regresar a la casa. Es entonces cuando, queriendo avisar a Ricciardo que había regresado, el muchacho se asoma al dormitorio del médico

¿Qué papel jugaba ese hombre joven del que apenas había visto el rostro, y al que Raúl besaba en la boca mientras le acariciaba la nuca? Los dos sentados en el borde de la cama. El otro, casi de espaldas. Cuando él empujó la puerta entreabierta al mismo tiempo que decía “Soy yo”, Raúl había apartado apenas su cara. Ni siquiera había bajado la mano de la cabeza del otro. Simplemente, había fijado la vista en ese intruso que había aparecido en el marco de la puerta. Y los dos habían permanecido así. Robbie no hubiera podido decir por cuánto tiempo, ni tampoco saber qué hubo en la mirada de Raúl. El choque le había resultado demasiado brutal. Solamente atinó a entornar otra vez la puerta. Había sentido las piernas como trapo y se había arrastrado a la calle no entendía cómo (Maritano, 1988, p. 96).

El capítulo siguiente desarrolla el diálogo que mantienen Robbie y Ricciardo durante el desayuno, la mañana posterior al descubrimiento. Es aquí donde Maritano construye una *pedagogía sobre la homosexualidad* –Ricciardo, el maestro; Robbie, el alumno– que deviene en aprendizaje para Robbie. Si al comienzo del diálogo, el adolescente juzga negativamente a su tutor por haberle ocultado su orientación sexual (“nunca me habías dicho nada. Al final vos... me traicionaste, Raúl”, 1988, p. 111), hacia el final, las explicaciones y argumentos de Ricciardo hacen que Robbie reconozca sus prejuicios (“soy un prejuicioso de mierda”, “soy un monstruoso egoísta”, 1988, p. 115). No obstante, pese a la inédita incorporación de un personaje homosexual en una novela juvenil, la escena permite observar algunos de los límites de Maritano en la representación de la diversidad sexual, especialmente a través de la construcción de lo que podría denominarse un *homosexual admisible* en el marco de la literatura juvenil.

En primer lugar, Ricciardo es un prestigioso pediatra que intenta mantener en *la clandestinidad* su orientación sexual para “proteger” a un adolescente

Porque haberte contado, haberte confiado mi problema, implicaba meterte. Sí, de algún modo es eso. Y vos tenés diecinueve. Ya sé, sos un hombre. Pero para mí sos una criatura. Porque prácticamente te vi nacer, además. Y porque sos una criatura todavía, ¡carajo! ¿Qué derecho tenía yo de cargarte con semejante cosa? (1988, p. 112).

Si Robbie descubre el secreto de Ricciardo, no es porque este último hubiera decidido salir del clóset, sino porque el clóset es abierto desde afuera por Robbie. En la privacidad de lo privado –en su propia casa y, dentro de la casa, en su propio dormitorio–, Ricciardo es involuntariamente descubierto.

En segundo lugar, Ricciardo es un *homosexual admisible* porque sus prácticas sexuales privadas quedan subordinadas ante su *comportamiento ejemplar*. Es homosexual, sí, *pero* hay conductas que lo redimen. El diálogo con Robbie, toda vez que se hace referencia al encuentro sexual, está saturado de elipsis y sustituciones (“Anoche viste *algo*”, “querrás que hablemos sobre *eso*”, “vos viste *cosas*”, “no te voy a negar que *lo que vi* me ‘shockeó’”, “de *eso... que vi...* nunca me habías dicho nada”, “cuidadosamente evité que *lo supieras*”, “para qué volver sobre *eso*”, “si no hubiese pasado *lo que pasó anoche*”) y la homosexualidad aparece connotada a través de subjetivemas negativos, enunciados inclusive por el propio personaje homosexual: “haberte confiado *mi problema*”, “¿Qué derecho tenía yo de *cargarte con semejante cosa*?”, “Anoche se dio la *desgraciada* circunstancia...”, “Sé que tiene que haber sido *violento y desagradable*”. Asimismo, parafraseando a Eribon, podría afirmarse que, en su argumentación, Ricciardo niega la existencia de “personas homosexuales”; sólo existirían “actos homosexuales”

Me pusiste la etiqueta. Para vos entonces, yo como persona... escuchá bien... yo, como persona... era, o valía, no sé, según lo que hiciera con mi sexo, ¿eso valía yo para vos? [...] ¿Eso era yo? ¿Nada más? ¿No hubo nunca otra cosa? Porque si “se pudrió todo”, era eso. Si alguna vez charlamos mucho, si intercambiamos ideas, si estuvimos de acuerdo en tantas cosas, si sabés otros datos de mí, sobre mi vida, sobre lo que hago, lo que pienso, ¿todo eso no vale nada? ¿Solamente te importa con quién elijo acostarme? ¿Es así, Robbie? (1988, pp. 112-113).

Los argumentos de Ricciardo tienen huellas de aquellos que, según Eribon, circulan en los ámbitos castrenses y eclesiásticos: las “personas homosexuales” no son “rechazables” dado que, para el ejército, “su sola presencia no es contraria a las exigencias de la vida masculina” y, para la Iglesia, “son ‘personas a las que conviene acoger con conmiseración como si fueran ‘heridos de la vida’ (porque no es ‘culpa suya’)” (Eribon, 2001, p. 78). En todo caso, son las “prácticas homosexuales” las que deben ser ocultadas y calladas, cosa que cuidadosamente hace Ricciardo con sus propias prácticas.

De este modo, *clandestinidad* y *comportamiento ejemplar* terminan volviendo “justificable” y “comprensible” aquello que, en un principio, resultaba difícil de aceptar para el heterosexual. Y, convertida la homosexualidad en conducta admisible, la intervención pedagógica enseña cuál es la reacción correcta que un homosexual espera de un heterosexual cuando su secreto sale a la luz. El modelo lo proporciona nada menos que la reacción de Roberto Mc Donnell, el padre de Robbie, cuando, en la época en que fueron compañeros de facultad, Ricciardo le confió su orientación sexual

Él me dijo... mirá, Robbie, te lo puedo repetir tal cual, tengo grabada cada palabra, me dijo: “Mirá, viejo, te agradezco si creíste que por amistad tenías que hablarme de eso. Pero cuando nos hicimos amigos yo no te pregunté ni tu apellido, ni tu religión, ni nada por el estilo. Y menos si te gustaban más los tipos que las minas. Vos tampoco me preguntaste nada. ¿Y entonces? Está bien, a vos te gustan los tipos. A mí las minas. Vos fumás negros, yo rubios. ¿Y? Si no nos preguntamos nada en ese entonces, ahora que nos queremos tiene menos sentido todavía, ¿no te parece? ¿O vos no me considerás acaso amigo tuyo?” (1988, p. 114).

Roberto Mc Donnell (padre) pone en escena de manera paradigmática lo que Eve Kosofsky Sedgwick denomina “el privilegio de ignorar” (*privilege of unknowing*), “la facultad no ya de ignorar sino de *no querer saber*, de hacer como si no tuviera que saber nada” (Eribon, 2001, p. 83). Para Sedgwick, “el simple y persistente hecho de pretensión de ignorancia [...] pued[e] ser suficiente para imponer el poder discursivo” (Sedgwick, 1998, p. 16). En las comprensivas palabras que recuerda Ricciardo, el heterosexual Mc Donnell coloca hétero y homosexualidad en una ilusoria posición simétrica (“a vos te gustan los tipos. A mí las minas”); de este modo, elimina cualquier riesgo de acusación de asimetría, discriminación o hegemonía heterosexista [9]. En la “aceptación” de la homosexualidad de su amigo, Mc Donnell fija una especie de regla tácita, “una suerte de pacto implícito en cuanto al estatus de la homosexualidad: la tolerancia social a cambio de la discreción y la invisibilidad” (Pecheny, 2003, p. 131).

3. Explicitaciones II: la homosexualidad adolescente

En tanto novela juvenil que se sabe introduciendo una transgresión significativa no solo en la tradición del género sino también en el interior de la propia saga, *En el sur* toma una precaución: separa cuidadosamente la cuestión homosexual respecto del mundo de los jóvenes. Juventud (o adolescencia) y homosexualidad no se tocan en ningún momento. “Adolescente homosexual” es un oxímoron para Maritano.

Más de veinte años después de *En el sur*, la temática homosexual regresa a la novela juvenil con *El orden de las cosas*, del escritor peruano Iván Thays, incluida en la “Serie Roja” de Literatura Juvenil de Alfaguara,

y luego incorporada a la colección infantil y juvenil “Loqueleo” de Santillana, sugerida para mayores de 14 años. Publicada en 2011, *El orden de las cosas* no puede sino presentar diferencias significativas en el tratamiento de la temática. Quizás una de las más importantes sea la relevancia que cobra el tema: el homosexual ya no es un personaje secundario, sino nada menos que uno de los protagonistas. Esta situación se advierte incluso en los paratextos: desde la información de contratapa [10] hasta el epígrafe de Paul Valéry (“Estás lleno de secretos que llamas Yo”), la novela explicita el tema. Pero, además, el personaje homosexual es ahora un adolescente que cursa su tercer año de secundaria, de manera que aquí homosexualidad y adolescencia ya no resultan incompatibles.

El narrador –personaje heterosexual cuyo nombre desconocemos– es un escritor limeño consagrado que, después de veintiún años, regresa al pueblo minero en el que cursó su tercer año de secundaria, para decir unas palabras durante los funerales del homosexual Sebastián, amigo y compañero de aquella época. Al recordar las vivencias de entonces, en un relato que ocupa casi la totalidad de la novela, el narrador revive la tensión entre su noviazgo con Graciela, hermana melliza de Sebastián, y su amistad con este último. Dado que el narrador no le cuenta a Sebastián que ha iniciado una relación amorosa con su hermana, se crea una extraña simetría entre el narrador y Sebastián: si Sebastián esconde un secreto (el de su orientación sexual), el narrador le oculta otro (el noviazgo con Graciela).

Pese a las transformaciones en la representación de la diversidad sexual que la novela introduce, se observan también aquí una serie de límites. En este sentido, Thays construye, al igual que Maritano, un *homosexual admisible* para el género de la novela juvenil.

En primer lugar, Sebastián –como antes Ricciardo– mantiene en secreto su orientación sexual, aunque, en este caso, el ocultamiento no funciona como mecanismo de protección de un adolescente. *La clandestinidad* funciona aquí potenciando los rasgos de virilidad (y, por lo tanto, de popularidad) del personaje. Es así como, por un lado, el desconocimiento de la orientación sexual de Sebastián conduce a que las compañeras de curso intenten seducirlo tratando de sonsacar información al narrador: “Queremos saber realmente cómo es Sebastián, que es un churrazo. Un papacito. Vamos cuéntanos cómo es, qué le gusta, cómo lo podemos conquistar” (Thays, 2015, p. 66). Por otro lado, el ocultamiento funciona generando entre los compañeros varones admiración por Sebastián, extraordinario futbolista, “un jugador de fútbol tres o cuatro veces mejor que el resto (y el preferido del profesor de gimnasia, del entrenador del equipo de tercero y de todos los profesores)” (2015, p. 19). El fútbol pone en escena la

combinación de un cuerpo privilegiado y una potencia superior, además de la capacidad de imponer al entrenador decisiones tácticas y relativas a la elección de los jugadores. Tal destreza en el fútbol, de hecho, es uno de los elementos que vuelve difícil de entender, para el narrador, la homosexualidad de Sebastián

–¿Sabes qué tan diferente soy? Pues no me gustan las mujeres, sino los hombres.

Me miró directamente a los ojos. Reconocí una sonrisa de nervios que aparecía en su rostro. Luego, otra vez la seriedad y la mirada sobre mí. Esperaba una reacción, pero lo que me había dicho me dejó mudo.

–¿Ves? Nadie lo sabe. Nadie puede saberlo. Me enamoré de Benjamín y él se enamoró de mí. Pero ahora ya no está aquí. Tuvo que irse.

–¿Me estás diciendo que eres homosexual?

–No lo sé. No sé si soy homosexual, pero me enamoré de un hombre; de Benjamín.

–*¡Pero si juegas fútbol!*

–¡Vaya tontería! ¿Y eso qué tiene que ver? (2015, pp. 78-79, cursivas nuestras).

El desconcierto del narrador no es ilógico: en el universo representado, solo la virilidad heterosexual es afín a la destreza en el fútbol. De ahí que, en los partidos, las injurias apelen al afeminamiento del oponente: “Seguro van a jugar a defenderse como niñitas” (2015, p. 87).

En segundo lugar, la escena de la salida del clóset aporta, una vez más, el segundo elemento clave en la construcción del *homosexual admisible* para una novela juvenil: la subordinación de las prácticas sexuales a la *ejemplaridad del comportamiento*. Irónicamente, Sebastián hace su *coming out*, no afirmando su homosexualidad, sino poniéndola en duda: “No sé si soy homosexual”, dice. El personaje no puede dar cuenta de ella; lo único que puede asegurar es que se ha enamorado de un hombre, que no sería lo mismo. Sebastián sugiere la posibilidad de que enamorarse de una persona del mismo sexo no implica necesariamente ser homosexual. En este sentido, podría afirmarse que, de acuerdo con las reglas de representación de la diversidad sexual en la novela juvenil, el género funciona a la inversa que en las sociedades homofóbicas [11]. Si, en ellas –dice Pecheny (2003)–, lo intolerable no es tanto la práctica sexual entre personas del mismo sexo como la dimensión afectiva de la homosexualidad, en la novela juvenil lo aceptable es el enamoramiento, no el encuentro sexual. Dicho de otro modo, un *homosexual admisible* es, no el que mantiene relaciones sexuales con otro hombre, sino el que sólo *se enamora* de él. De lo contrario, la homosexualidad genera rechazo

La idea de un hombre besando a otro hombre, de Benjamín y Sebastián besándose, me era repugnante (2015, p. 81) [12].

El amor –no la práctica sexual– es el gran igualador: un *homosexual admisible* se enamora exactamente del mismo modo que un heterosexual. Y, en ocasiones, ese amor resulta llamativamente más persistente. En efecto, cuando el narrador y Graciela ya adultos se reencuentran en los funerales de Sebastián, subrayan precisamente esta característica: la melliza cuenta cómo, años después de terminada la escuela secundaria, Sebastián viajó a Brasil, donde se reencontró con Benjamín, el muchacho del cual había estado enamorado desde la adolescencia y con quien convivió hasta el momento de su muerte

Junto a Benjamín. Todos estos años, junto a Benjamín.

–¿No te parece increíble? –me dijo Graciela–. No sé cómo ha sido tu vida, pero la mía ha sido un desastre. Cada pareja peor que la otra, cada historia de amor más triste que la otra.

–La mía igual, un desastre.

–Pero Sebastián siempre supo a quién amaba y lo fue a buscar. Y lo consiguió. Luchó por lo que quiso y lo obtuvo. Como todo en la vida, obtuvo lo que quería. Sebastián consiguió lo que todos queremos: un amor para toda la vida.

–Es admirable.

–¿Y sabes qué? Fue feliz. Muy feliz (2015, p. 135).

La novela destaca así la *ejemplaridad*, que no deja de asombrar: nada menos que un homosexual ha obtenido aquello que no lograron conseguir dos heterosexuales. Con admiración no exenta de estupor, los heterosexuales sobrevivientes concluyen que la feliz historia de amor homosexual es tan posible como (o aún con mayores posibilidades que) las desastrosas historias de amor heterosexuales.

Clandestinidad y *ejemplaridad* (el “amor para toda la vida”) son nuevamente dos elementos que construyen la aceptabilidad del homosexual en la novela de Thays. Y también contribuyen a la *construcción de una pedagogía*. Al igual que Robbie en *En el sur*, el narrador –heterosexual– realiza el pasaje desde una situación inicial de incomprensión hacia la “aceptación” de la orientación sexual del amigo. En este sentido, a diferencia de la abierta homofobia que manifiestan tres compañeros de escuela al enterarse del secreto de Sebastián, el narrador atraviesa, al comienzo, una situación de “incomprensión legítima” de la homosexualidad. En la escena de la salida del clóset de Sebastián, el narrador manifiesta rechazo, sí, pero tiene sus razones, al menos tres. Una de ellas es la educación familiar recibida

Nuevas preguntas me asaltaban. ¿Y si ahora se enamoraba de mí? [...]

Me acordaba de mi padre diciéndome: “Lo peor que me podría pasar es tener un hijo maricón, comunista o drogadicto” (2015, p. 81, cursivas nuestras).

En otros casos, la incomprensión parece propiciada por el mismo homosexual. Es nada menos que Sebastián el culpable de su propia marginación

Aún no sabía qué cosa me alejaba tanto y tan definitivamente de él. ¿Enterarme de su homosexualidad? ¿Temerle a que se haya enamorado de mí? ¿O la imposibilidad de pedirle disculpas por la forma en que lo traté? Quizás ninguna de las tres era la respuesta correcta. *Lo más probable era que la única razón para estar distanciados era la propia distancia insalvable que él había puesto entre los dos* (2015, p. 89, cursivas nuestras).

...Sebastián había dejado de ser el líder y se convirtió en un hombre hosco, solitario, resentido (2015, p. 97).

Ya ni siquiera pensaba en Sebastián, quien durante los recreos se quedaba en su pupitre leyendo gruesos libros que sacaba de la biblioteca (2015, p. 102).

Finalmente, cuando el relato regresa al presente de adulto, muerto ya Sebastián, aparece una última razón que justifica la incompreensión: la juventud. Cuando se es joven, el rechazo por la homosexualidad se fundamenta en la falta de experiencia

–Ya sabes. Me confesó que estaba enamorado de Benjamín, que te lo había contado a ti y que tú dejaste de hablarle desde entonces.

–Es cierto, no supe cómo actuar. Era un niño.

[...]

–Yo sé que nadie nos enseña cómo enfrentarnos a esa edad con una persona que confiesa ser distinta a los demás. Es cierto. Este mundo es tan perverso que cuando alguien dice que es diferente, huimos de él por instinto (2015, pp. 131-132).

En resumen, la elección de una voz narrativa heterosexual garantiza la mirada comprensiva tanto para el *homosexual admisible* como para el heterosexual con “legítimas dificultades” para “aceptar” la existencia de la diversidad sexual. Thays enseña, de este modo, cuál es el comportamiento razonable que deben adoptar los heterosexuales “tolerantes”, aquellos que no injurian, aunque, como el propio narrador, perciban inadvertidamente el mundo en términos heterosexistas y patriarcales (“Muy pocos de cuarto de secundaria se acercaron al campo de fútbol. No soportaban la derrota. *Solo unas chicas de cuarto, con la esperanza de ver a los de quinto de secundaria en pantalones cortos*, quizá, terminaron asistiendo en silencio”, 2015, p. 90, cursivas nuestras).

Conclusión

Podrían retomarse las palabras de Marc Soriano (2010) para señalar que, todavía hoy, la homosexualidad es “un tema tabú, rara vez abordado, que, sin embargo, no habría que excluir”, al menos en lo que respecta a la literatura juvenil latinoamericana publicada en colecciones que se saben destinadas directa o indirectamente al ámbito escolar. Esto no significa que no puedan encontrarse alusiones más o menos

explícitas al tema. Desde el llamativo silencio del narrador ante una madre que censura con su mirada el contacto físico de dos jóvenes varones heterosexuales (Muslip, 1997), hasta una adolescente que bromea sobre el supuesto lesbianismo de su amiga (Bialet, 2004), la novela juvenil opta por el camino de la alusión seria o la broma inocente. Cuando excepcionalmente se incluyen personajes homosexuales (Maritano, 1988; Thays, 2015 [2011]), es posible observar que el género logra captar ciertas estructuras del sentir propias de las *identidades discretas* (Pecheny, 2003) tales como los modos de gestionar el secreto y la injuria como posibilidad latente en las vidas homosexuales. No obstante, también ha logrado instalar un lugar común de índole pedagógica: la narración del trayecto iniciático que conduce al protagonista heterosexual desde el rechazo hacia la ulterior “aceptación”. Gracias a los rasgos que vuelven “aceptable” al homosexual (clandestinidad y ejemplaridad), el personaje heterosexual aprende cosas tales como que los homosexuales pueden experimentar el amor al igual que los heterosexuales.

De este modo, las novelas postulan una suerte de *pedagogía sobre la homosexualidad para uso de jóvenes heterosexuales*. En otras palabras, desarrollando tramas que sostienen posiciones sin dudas políticamente correctas en relación con la diversidad sexual, la novela juvenil *no imagina la posibilidad de un joven lector homosexual* (ni siquiera imagina *la posibilidad de un narrador homosexual* [13]). Es siempre el adolescente heterosexual, alter ego de los personajes que realizan su aprendizaje, el lector modelo, el lector en situación de aprender sobre la sexualidad del *otro*.

En última instancia, aun cuando la extendida categoría de “inclusión educativa” ha experimentado en las últimas décadas sucesivas ampliaciones en su alcance conceptual (Krichesky & Pérez, 2015), las colecciones de literatura juvenil continúan imaginando al adolescente heterosexual como único actor que transita por las instituciones del sistema educativo. “Alumno homosexual” es, para ellas, el oxímoron.

Notas

[1] Una versión preliminar de este artículo fue expuesta en la conferencia “Escuela, diversidad sexual y literatura juvenil”, presentada en las V Jornadas de Letras *Prácticas de lectura y escritura problematizadas desde los nuevos escenarios de enseñanza y aprendizaje*, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca el 7 de septiembre de 2017.

[2] En todos los casos nos referimos a novelas publicadas en nuestro país en colecciones de literatura juvenil o destinadas al ámbito escolar. En algunos casos, se trata de series destinadas explícitamente al nivel secundario (como la colección “Leer y Crear” de Colihue), en la que las obras se acompañan con propuestas de trabajo para el aula. En otros casos, se trata de colecciones que carecen de este tipo de paratextos, pero que apuntan a un público juvenil, como los libros de la “Serie Roja” de Alfaguara.

[3] También al interior de la colección “Leer y Crear” de Colihue, Eduardo Muslip (junto con Mara Bannon) contribuyó a introducir la temática homosexual en *Cartas marcadas. Antología del género epistolar* (1997) mediante la inclusión de la “Carta de Oscar Wilde a Lord Alfred Douglas” en la sección “Marcas de amor”.

[4] *Un globo de luz anda suelto* (1978), *El visitante* (1984), *Vaqueros y trenzas* (1986), *En el sur* (1988), *Cruzar la calle* (1992) y *Pretextos para un crimen* (1997). Si bien *Vaqueros y trenzas* se publicó con posterioridad a *El visitante*, su argumento transcurre un año antes de los episodios narrados en esta última. En 1983, *El visitante* obtuvo el primer premio en el Concurso Anual Colihue de Novela Juvenil y se publicó al año siguiente.

[5] A diferencia de las otras obras que componen la saga, *Un globo de luz anda suelto* es una novela infantil publicada por Plus Ultra en la colección “Tejados rojos. La escalerita”, dirigida por María Hortensia Lacau. También incluye una introducción (“Mensaje para el niño o niña que lea este libro”) y propuestas de actividades (“Amable averiguación”). La obra obtuvo la Faja de honor de la SADE en literatura infantil.

[6] En los considerandos del Decreto a través del cual el Concejo Municipal de Rosario declara “Escritora Distinguida” a Alma Maritano, se destaca “que en su obra *En el Sur* habló de homosexualidad, lo que le valió ser prohibida en varias escuelas, especialmente religiosas” (Concejo Municipal de Rosario, 2012).

[7] Entre otras referencias, se encuentran las del personaje Martín Righero, quien interroga de este modo a Niqui sobre Robbie:

“—¿De dónde lo sacaste?”

“Niqui, al quedarse solo, vuelve a experimentar la antigua incomodidad.

“—Está en el curso, es de Buenos Aires.

“—¡Ah! —la exclamación de Martín suena triunfante— ¡Con razón! Un porteño fanfa... ¿No es medio marica también, che?”

“—Estás loco, ¿por qué lo decís?”

[...]

“—Y... *esos pantalones... esa remerita... esos rulos... ese colmillo colgado...* ¡salí, haceme el favor!” (Maritano, 1984, p. 97, cursivas nuestras).

[8] “¿Y ese con la carita de estar oliendo caca? Un bebito de mamá. Medio maricón parece” (Maritano, 1988, p. 63); “El que me llama la atención es Robbie, que nunca se había dignado fijarse en ninguna. La Oruga hasta había insinuado que era maricón” (1988, p. 73).

[9] Agrega Eribon: “...cuando el homosexual dice que lo es, el heterosexual está obligado a pensarse como heterosexual, mientras que hasta entonces no tenía que plantearse cuestión alguna sobre su identidad ni sobre el orden social que la ha instituido. Gozaba de un estado de privilegio absoluto. Por eso se indigna cuando sufre la amenaza de perderlo, aunque sea parcialmente, y pide a los gays que reasuman la ‘discreción’, o sea, que le permitan recobrar la paz de sus certezas, el confort de su normalidad que descansaba en el silencio de los demás” (2001, p. 83).

[10] “Ser nuevo en una escuela no siempre es una experiencia agradable. Sin embargo, para el protagonista de esta historia, las cosas resultan mucho mejor de lo esperado al hacerse amigo de Sebastián, el chico más popular del colegio y capitán del equipo de fútbol de la clase... Lo que no sabe es que Sebastián guarda un secreto” (Thays, 2015, contratapa).

[11] Señala Mario Pecheny: “Posiblemente, la dificultad mayor que se plantea en una sociedad homofóbica no sea la dimensión puramente sexual de la identidad homosexual, sino su expresión pública como afecto, amor o compromiso. En efecto, incluso en sociedades o Estados intolerantes, las actividades sexuales non-sanctas pueden ser practicadas gracias al refugio de la oscuridad o de las paredes del cuarto. Lo que plantea mayores problemas es la manifestación de la homosexualidad como relación amorosa...” (2003, p. 130).

[12] Para los vínculos heterosexuales juveniles, en cambio, las reglas de representación del erotismo establecen que sí es posible hacer coincidir enamoramiento y práctica sexual. Es así como el narrador se detiene en el pormenorizado relato de su primer encuentro sexual con Graciela:

“Era la primera vez que veía directamente a una mujer sin sostén, no en revistas o la televisión. Eran un par de peras. Cabían en mi mano. Su cintura era breve. Sus piernas, completamente desnudas, eran hermosas. Sus ojos estaban encendidos.

“—Quiero hacerlo contigo —dijo—. Estoy tan segura de lo que siento por ti que quiero que lo hagamos ahora. No tengo dudas.

“Se acercó para besarme. Yo estaba callado y nervioso. La besé, la abracé, mientras ella me besaba y abrazaba también, respirando más fuerte, respirando en mi cuello, mientras su cuerpo desnudo empujaba al mío intentando tumbarme en la cama. Metió las manos por debajo de mi chompa y me la quitó. Luego empezó a desabotonar la camisa. Yo la dejé hacer. [...] Me tendí a su lado. Empezamos a besarnos otra vez. Ahora con más pasión. Sentí que ella intentaba caricias más osadas” (2015, pp. 71-72).

[13] *Un beso de Dick* (2015) [1992], de Fernando Molero Vargas, es una excepción a esta regla.

Bibliografía

Bannon, M. y Muslip, E. (comps.) (1997). *Cartas marcadas. Antología del género epistolar*. Buenos Aires: Colihue.

Bialet, G. (2004). *Si tu signo no es cáncer*. Buenos Aires: Grupo Norma.

Concejo Municipal de Rosario. Decreto N° 37.560, 25 de junio de 2012. Recuperado de: <http://www.rosario.gov.ar/normativa/verArchivo?tipo=pdf&id=84259>

Díaz Ronner, M. A. (2000). “Literatura infantil: de ‘menor’ a ‘mayor’”. En E. Drucaroff (dir.). *La narración gana la partida*; Tomo 11 en N. Jitrik (dir.) *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé.

Eribon, D. (2001). *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Barcelona: Anagrama, traducción de Jaime Zulaika.

Goffman, E. (2006): *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu, traducción de Leonor Guinsberg.

Krichesky, G. y Pérez, A. (2015). “El concepto de inclusión. Perspectivas teóricas e implicancias”. En A. Pérez y M. Krichesky (comps.). *La escuela secundaria en el foco de la inclusión educativa. Investigación, desafíos y propuestas*. Avellaneda: Undav, pp. 21-46.

Larralde, G. (2014). *Los mundos posibles. Un estudio sobre la literatura LGBTTTI para niñxs*. Buenos Aires: Título.

Maristany, J. (2010). “Fuera de la ley, fuera de género: escritura homoerótica y procesos de subjetivación en la Argentina de los 60-70”. En J. Maristany (ed.). *Aquí no podemos hacerlo. Moral sexual y figuración literaria en la narrativa argentina (1960-1976)*. Buenos Aires: Biblos, pp. 185-241.

Maritano, A. (1978). *Un globo de luz anda suelto*. Buenos Aires: Plus Ultra.

_____ (1984). *El visitante*. Buenos Aires: Colihue.

_____ (1986). *Vaqueros y trenzas*. Buenos Aires: Colihue.

_____ (1988). *En el sur*. Buenos Aires: Colihue.

_____ (1992). *Cruzar la calle*. Buenos Aires: Colihue.

_____ (1997). *Pretextos para un crimen*. Buenos Aires: Colihue

- Molero Vargas, F. (2015) [1992]. *Un beso de Dick*. Buenos Aires: Blatt & Ríos
- Muslip, E. (1997). *Hojas de la noche*. Buenos Aires: Colihue.
- Pecheny, M. (2005). "Identidades discretas". En L. Arfuch (comp.). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 131-153.
- Rich, A. (1996). "Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana (1980)". *DUODA. Revista d'Estudis Feministes*. N°10, Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 15-45, traducción de María-Milagros Rivera Garretas.
- Rodríguez, A. O. (2006). *Ito: el 'raro' en la literatura infantil cubana. Encuentro de la cultura cubana*. Recuperado de: [http://www.cubaencuentro.com/revista/revista-encuentro/archivo/41-42-verano-otono-2006/\(filter\)/index](http://www.cubaencuentro.com/revista/revista-encuentro/archivo/41-42-verano-otono-2006/(filter)/index)
- Ruiz Huici, K. (1999). "La literatura juvenil y el lector joven". *Revista de Psicodidáctica*, N° 8, Universidad del País Vasco, pp. 25-40.
- Sedgwick, E. K. (1998). *Epistemología del armario*. Barcelona: Llibres de l'Índex, traducción de Teresa Bladé Costa.
- Soriano, M. (2010). *La literatura para niños y jóvenes. Guía de exploración de sus grandes temas*. Buenos Aires: Colihue, traducción de Graciela Montes.
- Thays, I. (2015) [2011]. *El orden de las cosas*. Buenos Aires: Santillana
- Vignoli, B. "Voces de una trabajadora silenciosa". *Rosario/12*. Rosario, 30 de septiembre de 2012. Recuperado de: <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/rosario/12-35784-2012-09-30.html>